

NOTAS A VUELO DE PAJARO

MOSCU (I)



HACE algunos años conocí en París a una pareja de caminantes: José y Mirette. El era hijo de españoles nacido en Francia y había comenzado a recorrer Europa a pie cuando todavía era un adolescente. Tocando la guitarra a las puertas de los cinemas, garabateando dibujos en las veredas o simplemente apelando a la generosidad de los demás vivió años vagabundeando de un país a otro. Una noche, en un albergue de la juventud en Suiza, conoció a Mirette, una muchacha francesa que desde hacía dos años viajaba también —había dado una vuelta completa al Mediterráneo— sin un centavo en el bolsillo. Se enamoraron, se casaron, y simbólicamente consagraron su unión emprendiendo un viaje a la India. Tenían cincuenta dólares en el bolsillo al partir de Ginebra; un año y medio después al llegar a París, conservaban diez dólares que gastaron cenando en un restaurant de los Campos Elíseos. En la radio-televisión francesa les pidieron una serie de emisiones donde contarían anécdotas de sus viajes y hablarían de los sitios que habían recorrido. El resultado fue muy pobre: en realidad se limitaron a hablar de ellos mismos, de las privaciones que habían padecido, de los temores y alegrías que sintieron en cada lugar. Pero los oyentes apenas se enteraron de lo que José y Mirette habían visto y aprendido de esos mundos que cruzaron andando. “Lo que pasa es que viajar no es conocer, me dijeron un día; sólo sustituir ciertos clisés por otros, —ciertas ideas superficiales por otras”.

Algunos clisés

Si un año y medio de andanzas no bastó a mis amigos caminantes para atravesar la máscara decorativa que oculta al extranjero la verdadera realidad de un país ¿cómo hablar con cierta solvencia sobre la URSS luego de una visita casi furtiva de unos pocos días a Moscú? No creía llevar conmigo prejuicio alguno contra la Unión Soviética, y sí, en cambio, una simpatía entusiasta por casi todos los aspectos de su sistema político y social, con excepción del cultural. Y, sin embargo, allá rápidamente descubrí que observaba, preguntaba y juzgaba a partir de algunos clisés que circulan desde hace algún tiempo por el mundo y que han contaminado, pien-

UNMSM-CEDOC

so, la idea que se tiene de la URSS en el extranjero, tanto por partidarios como adversarios del socialismo. En estas notas precarias me gustaría confrontar algunos de esos elisés con mi experiencia personal de la realidad soviética, advirtiendo de antemano que soy consciente de la relatividad del testimonio de un viajero fugaz sobre un país cuyo idioma, para colmo, no habla.

La primera de las "ideas recíprocas" que existen sobre la URSS y que, desde la polémica chino-soviética, está enormemente propagada es la siguiente: la Revolución se ha aburguesado. Esta convicción significa, para algunos, que en la URSS se ha inaugurado un proceso, todavía lento pero inequívoco, de renacimiento del capitalismo. Para otros, que el socialismo soviético ha perdido su carácter militante e internacionalista, que la URSS no sólo no desea ayudar a los países del tercer mundo a hacer su revolución, sino que incluso ve con temor y desconfianza esta perspectiva porque nuevas revoluciones en el mundo podrían exigirle obligaciones económicas costosas o crearle conflictos bélicos con el imperialismo al que espera derrotar económica y técnicamente. La primera de estas afirmaciones me parece falaz. No creo que haya el más remoto indicio en el sistema soviético de una resurrección del capitalismo. Todas las reformas económicas interpretadas en tal sentido, son medidas de descentralización, destinadas a dar una autonomía mayor a las industrias y a estimular el desarrollo regional, a aligerar la producción de trabas burocráticas y despertar la iniciativa local e individual que el excesivo centralismo sofocaba. Pero nada indica que, aun de la más tímida y oblicua manera, se esté restaurando la propiedad privada de los medios de producción. Prácticamente, industria y comercio están socializados en un ciento por ciento, y en la agricultura, donde quedan restos de propiedad privada, toda la política soviética se orienta a hacerlos desaparecer. El proceso de colectivización de la sociedad puede haberse atenuado, como es lógico, pero no ha cesado, e incluso recientemente se han tomado medidas encaminadas a acelerar la socialización de la artesanía, que era el último reducto de lo que podría llamarse una "economía liberal".

¿Aburguesamiento?

Si se entiende "aburguesamiento" en el sentido puramente social de falta de idénticas oportunidades para todos, de la existencia de un sector privilegiado dentro de la sociedad que goza de beneficios que no pueden alcanzar los otros, diría que también en este caso el reproche es injusto, pero que hay en él un vago fondo de verdad. Para quien llega de un país capitalista, la sociedad soviética ofrece, indiscutiblemente, un espectáculo igualitario y homogéneo insólito. En teatros, cinemas, museos, restaurantes de Moscú he visto al-



**Escribe:
MARIO
VARGAS
LLOSA**

Esta es la primera de una serie de notas de nuestro colaborador sobre la Unión Soviética de hoy. Vargas Llosa, de cuya honestidad no puede dudarse, ofrece una descripción de lo que ha visto... y de las ideas y sentimientos que esa visión le despertaron. A pesar de que es cada vez más fácil conocer la URSS, ésta sigue siendo, en gran medida, un signo de interrogación.

ternar funcionarios, obreros, campesinos que era fácil identificar con una simple ojeada a sus ropas, sus maneras y sus manos, disfrutando con la misma soltura y naturalidad de esas diversiones, y he visto la misma multitud plural circulando por los parques y avenidas, compartiendo la incomodidad de los ómnibus o atestando los almacenes. Me dijeron que el salario mínimo, el de un barrendero por ejemplo, era de 60 rublos, y que el máximo, el de un miembro de la Academia de Ciencias por ejemplo, era de 500, y lo creo. Si se admite el principio de que la capacidad y el esfuerzo individual varían y que la sociedad debe retribuirlos proporcionalmente, esta escala me parece bastante justa y humana. Pero, desde luego, ella permite una cierta diferenciación social susceptible de cristalizar a la larga en dos clases de ciudadanos. Me explicaron que el peligro quedaba abolido con una política de impuestos y un control estricto de la herencia que impedían que las "ventajas materiales" adquiridas por un individuo gracias a sus méritos se transmitieran a sus hijos y mantenían vigente, para cada generación, el principio de: un mismo punto de partida para todos. Como posibilidad teórica parece muy aceptable, pero su aplicación práctica tropieza sin duda con enormes obstáculos. El problema está en saber si una sociedad puede renunciar totalmente a los "estímulos materiales" en favor del "estímulo moral", como lo sostiene Cuba y China Popular. La URSS, evidentemente, estima que no, y el incentivo material juega un papel importante en su vida social. Pero a estas alturas no pienso que ello baste para asegurar que los fundamentos del socialismo se ven amenazados por esta razón. En una próxima nota, sobre la situación de la literatura en la URSS, me referiré al caso de los escritores, quienes probablemente tienen las mayores posibilidades de alcanzar el máximo de bienes materiales dentro de la sociedad soviética. Se verá entonces que un "rico" en la URSS tiene, sí, la posibilidad de vivir mejor que los demás, pero en ningún caso la de explotar a nadie. Y este hecho me parece fundamental, la más sólida diferencia entre los sistemas económicos que se disputan el mundo.

¿Ha perdido militancia?

Ahora bien: ¿ha perdido el socialismo soviético su carácter militante e internacionalista? Yo no esperaba encontrar en las calles de Moscú el fervor entusiasta de La Habana, desde luego. Cincuenta años de socialismo, la seguridad de haber llegado a un poderío técnico y militar que garantiza su existencia, debían traducirse naturalmente en una actitud más sosegada, menos romántica. En efecto, el socialismo ha entrado en la URSS a formar parte de las cosas y de los hábitos, es el elemento en el que "vive la vida", tan evidente y natural que nos le discute más

ni cuestiona: es el orden establecido, y ya no, como en Cuba, una dura, difícil, arriesgada creación cotidiana. Medio siglo de socialismo han reducido las injusticias sociales a un grado insignificante en comparación con un país capitalista: pero todavía no han "cambiado la vida". El espectáculo que ofrece Moscú es el del mundo un tanto rutinario, impersonal y monótono de cualquier gran ciudad capitalista. En las conversaciones privadas, los usuales temas individualistas —las vacaciones, llegar a tener un auto, viajar al extranjero, conseguir un departamento mejor—, asoman con más frecuencia que las consideraciones políticas, y las preocupaciones menos egoístas, los idealismos desinteresados, parecen, como en el resto del mundo, monopolio de una minoría.

Nacionalismo inquietante

Pero tal vez lo más sorprendente del socialismo soviético sea el encendido, inquietante nacionalismo que lo acompaña, y que aparece en todas las conversaciones, a todos los niveles sociales. Teóricamente, socialismo y nacionalismo son incompatibles. Los clásicos marxistas soñaron con una humanidad sin fronteras nacionales, con una patria universal. Medio siglo de socialismo podría haber sustituido parcialmente siquiera la idea de nación por la de humanidad. Pienso que en la URSS ha ocurrido al revés. En la boca de intelectuales o de funcionarios o de obreros la idea de socialismo se confunde con la de Unión Soviética, y ese sentimiento orgulloso de pertenecer a una patria que ha alcanzado un sistema social avanzado, y ha construido prodigiosos cohetes que vuelan por el espacio y armas capaces de aniquilar la humanidad, me da la impresión de prevalecer sobre todos los demás, incluido el de fraternidad universal. El vocablo que se utiliza para el máximo elogio es "patriota", "patriótico". Los reproches que se oyen a veces aquí o allá contra China Popular, o Cuba, o Checoslovaquia suelen ser los de "ingratitude con la URSS". Este nacionalismo tiene su origen, sin duda, en la tradición, en siglos de historia. Pero es indudable que el régimen soviético lo estimula activamente y que existe, vivo y poderoso, en la población. Yo pienso que aquí reside la mayor amenaza para el socialismo soviético o para el socialismo a secas, y no en el "aburguesamiento" de la revolución. El nacionalismo puede ser un sentimiento progresista en un país colonizado o semi-colonizado, pero en una nación realmente independiente y desarrollada adopta una peligrosísima significación reaccionaria. Porque el nacionalismo implica la idea de que una nación puede valer más que otras, y que ser originario de un país puede ser un privilegio, una superioridad. Las consecuencias políticas de semejantes creencias pueden resultar trágicas.